

UNA MISIÓN CASI IMPOSIBLE: LA EMBAJADA DE PABLO DE AZCÁRATE EN LONDRES DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

Enrique Moradiellos
Universidad de Extremadura

A finales del mes de agosto de 1936, el gobierno republicano español presidido por José Giral solicitó y obtuvo el *placet* de las autoridades británicas para un nuevo titular de su embajada en Londres: Pablo de Azcárate y Flórez (Madrid 1890 - Ginebra 1971). El nombramiento supuso una gran sorpresa en los círculos diplomáticos continentales porque el recién designado embajador era uno de los más notables funcionarios internacionales españoles en Ginebra y ejercía desde 1934 el influyente cargo de secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones (segundo puesto ejecutivo de importancia en el organismo internacional). Sin embargo, la decisión de los gobernantes españoles respondía a una indudable coherencia política y diplomática: el nuevo y reputado representante de la República en Gran Bretaña era un genuino exponente de la tradición liberal krausista que había servido a los ideales políticos del republicanismo democrático. Así lo acreditaban los antecedentes familiares del embajador (sobrino de Gumersindo de Azcárate), su formación académica (discípulo de Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza), su categoría intelectual (catedrático de Derecho Administrativo desde los 23 años) y su doble experiencia política (diputado por el Partido Reformista en 1918) y administrativa (funcionario de la Sociedad de Naciones desde 1922)¹.

¹ Véase la semblanza biográfica de Pablo de Azcárate hecha por su hijo como presentación a las memorias del embajador sobre su misión diplomática: *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1976, pp. 13-18. Expediente personal de Pa-

La aceptación por parte de Azcárate de su nombramiento como embajador en Londres (que llevó pareja la automática renuncia a su cargo en Ginebra) fue una decisión tomada en una coyuntura realmente crítica y dramática para el gobierno de la República española. No en vano, desde el comienzo de la guerra civil el 17 de julio de 1936, la suerte de las armas en el interior y de la búsqueda de apoyos en el exterior se había decantado decisivamente en favor de los militares insurgentes y en contra de las autoridades republicanas.

Las reiteradas demandas de ayuda dirigidas por el gabinete de Giral al gobierno frentepopulista francés habían sido desestimadas por éste debido a la resuelta oposición interna de las fuerzas derechistas y a la absoluta voluntad neutralista manifestada por el vital aliado británico desde el primer momento. En ambos casos, la negativa a prestar dicha ayuda se basaba tanto el temor a desencadenar una nueva guerra europea como en la hostilidad hacia los amagos de revolución social percibidos en la retaguardia republicana. Por el contrario, las peticiones de ayuda cursadas por el general Francisco Franco desde el Marruecos español a Roma y Berlín habían cosechado un éxito temprano y rotundo. En vista de la debilidad gubernamental francesa y de la apenas encubierta simpatía británica por los insurrectos, tanto Hitler como Mussolini habían accedido a prestar un apoyo militar que podría reportarles indudables ventajas político-estratégicas en el área mediterránea occidental a bajo riesgo y pequeño coste.

La adhesión a fines de agosto de 1936 de todos los gobiernos europeos al Acuerdo de No Intervención en España, patrocinado tenazmente por Francia y Gran Bretaña, sentenció la derrota diplomática de la República por un doble motivo. Primeramente, porque supuso su equiparación a los insurgentes en términos operativos y en una cuestión crucial (la posibilidad de adquirir armas y municiones en los mercados continentales, hasta entonces reservada al gobierno legal reconocido internacionalmente). En segundo orden, porque, desde el principio, la forma de aplicación de dicho Acuerdo acentuó esa derrota jurídica dando origen a un sistema asimétrico de ayudas e inhibiciones: mientras

blo de Azcárate y Flórez, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), serie de «Personal», legajo 326, expediente 22.852. En adelante se citará abreviadamente: AMAE P326/22.852. La consulta del archivo particular de Azcárate, depositado por sus herederos en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, todavía no es factible por estar en fase de catalogación. Agradezco a Dña. Elisa de Santos, directora de dicho centro, su amabilidad al proporcionarme toda clase de información sobre el estado de ese proceso y la naturaleza de los fondos.

los restantes gobiernos europeos cumplían estrictamente el compromiso de embargo, Alemania e Italia (y en menor medida Portugal) continuaron sus envíos encubiertos de armamento para Franco.

En el caso de Gran Bretaña, los fracasos diplomáticos de la República en julio y agosto de 1936 habían tenido su reflejo en el propio plano de la representación oficial. Desde el comienzo de la guerra, la desafección y el sabotaje encubierto habían sido prácticas generalizadas dentro del personal diplomático y consular de España en el Reino Unido. Entre el 18 de julio y el 27 de agosto, casi todos los diplomáticos de la embajada española en Londres (incluyendo al propio embajador, Julio López Oliván), así como cuatro de los seis cónsules acreditados que había en el país, presentaron la dimisión de sus cargos y, la gran mayoría, pasaron a actuar abiertamente en favor de las autoridades insurgentes. La representación de éstas en Londres estaba en manos de una Junta Nacionalista dirigida por el ingeniero aeronáutico Juan de la Cierva y Codornú y por Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó, el duque de Alba, muy apreciado en los círculos oficiales y conservadores británicos por su doble condición de duque de Berwick y par de Inglaterra. Sólo permanecieron lealmente en sus puestos el cónsul general en Londres, Vicente Alvarez-Buylla y Lozana, el agregado comercial, Daniel Fernández-Shaw Iturralde, y el cónsul en Southampton, Roger de Fuentes Bustillo².

Precisamente la magnitud de ese descalabro diplomático sufrido, junto con la conciencia de la importancia de Gran Bretaña en el contexto internacional, motivaron la decisión del gobierno de la República de nombrar a Azcárate como nuevo embajador en Londres el 29 de agosto. Su reconocido prestigio y talante liberal podrían contribuir a paliar el efecto dañino de esas dimisiones, reforzarían la imagen democrática de la España republicana y evitarían el supuesto deseo oficial británico de negar el *placet* a un nuevo embajador (para reducir así la representación republicana en el país y amortiguar la ausencia de representación formal insurgente). El 31 de agosto, López Oliván prestó su último ser-

² Además de López Oliván (último en dimitir, el 27 de agosto), habían renunciado a sus cargos: Pedro García Conde (ministro-consejero); Fernando Valdés (primer secretario); José Fernández-Villaverde y Roca de Togores (segundo secretario); capitán Manuel Medina Morris (agregado naval); comandante Emilio Velo (agregado naval adjunto); Antonio Vidal Tolosana (agregado comercial adjunto). Los cónsules dimitidos fueron: José Gimeno (Cardiff), Eduardo Danís (Glasgow), Ignacio de Muguiri (Liverpool) y Álvaro Seminario (Newcastle). Sobre esta batalla diplomática española librada en Gran Bretaña véase E. MORADIELLOS, *Neutralidad benévola. El gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, Pentalfa, 1990, pp. 188-210.

vicio a los insurgentes advirtiendo al Foreign Office que su sucesor era «una personalidad destacada y sincera con bastante tendencia hacia el comunismo teórico»³. Pocos días después, para ayudar a Azcárate en su labor, fueron nombrados los restantes cargos diplomáticos vacantes: Antonio de la Cruz Marín (ministro-consejero), el comandante Fernando Navarro Capdevila (agregado naval) y Antonio Ramos Oliveira (agregado de prensa y propaganda)⁴. De este modo, tras la llegada del embajador y su nuevo equipo a principios de septiembre de 1936, la República comenzó a desarrollar una intensa actividad política y diplomática en Gran Bretaña, de la que había carecido en las trascendentales semanas previas.

En sus fecundas memorias, Azcárate describió con precisión los dos objetivos prioritarios de su misión diplomática en Gran Bretaña durante toda la guerra civil: «ganar para la república el mayor apoyo y comprensión posible entre las clases conservadoras inglesas que eran las que en aquel momento gobernaban el país»; y a la par, «extender todo lo posible, dentro del mundo político y social de Inglaterra, y particularmente de Londres, la simpatía y el apoyo moral hacia la causa de la república»⁵. Para alcanzar ambos fines, la actuación política y diplomática del embajador se concentró en «dos puntos fundamentales» que recapitularía casi al final del conflicto con las siguientes palabras:

a) Hacer patente la realidad y extensión de la intervención italiana y alemana en favor de los rebeldes; mostrar que lo que está ocurriendo en España es resultado del designio de esas dos potencias de dominar políticamente a España; subrayar los inmensos peligros que esto representa para Inglaterra en el caso de un triunfo de los rebeldes.

b) Destruir la idea de que la república era el comunismo y el bolchevismo en acción; demostrar la inexistencia del influjo decisivo y preponderante de la URSS en la política republicana; sacar el máximo par-

³ Minuta de sir George Mounsey (subsecretario adjunto del Foreign Office, responsable del Departamento de Europa occidental), 1-IX-1936. Archivo del Foreign Office, serie «General Correspondence» (clave archivística 371), volumen 20569, documento W10073. En adelante, se citará abreviadamente: FO 371/20569 W10073. Todos los archivos británicos citados se hallan en el Public Record Office (Kew, Surrey).

⁴ Expedientes personales de Antonio de la Cruz Marín y Fernando Navarro Capdevila. Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), serie «Ministerio de Asuntos Exteriores» (fondos archivísticos procedentes de la embajada de España en Londres), caja 7185. En adelante se citará: AGA/7185. Cruz Marín sería reemplazado en su cargo por Jaime Montero Madrazo en agosto de 1938.

⁵ P. de AZCÁRATE, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, pp. 27 y 49.

tido de los inmensos progresos realizados por la república, no sólo en el orden militar, sino en la reconstitución de toda su vida civil⁶.

Ciertamente, la labor de Azcárate se atuvo a esas directrices con notable constancia y coherencia durante toda la guerra, tratando de lograr el «apoyo y comprensión» de las autoridades conservadoras británicas y la simpatía y solidaridad de las restantes fuerzas políticas y sociales del Reino Unido. Sin embargo, si bien sus éxitos serían considerables en la realización de este segundo objetivo, no puede decirse lo mismo respecto del primero. Hasta el mismo final de la contienda, los círculos gubernamentales británicos preservaron intacto su compromiso de No Intervención incondicional y rechazaron con mayor o menor frialdad las tentativas republicanas de aproximación y búsqueda de un apoyo moral o material. De hecho, la pretensión de Azcárate representaba un ideal de muy difícil realización, una misión casi imposible habida cuenta de los fundamentos y propósitos de la política exterior británica frente a la crítica coyuntura de los años treinta en Europa y el mundo.

La política neutralista del gobierno conservador británico ante el conflicto español estuvo determinada desde el primer momento por dos motivos esenciales y complementarios que se reforzaban mutuamente⁷. En primer lugar, los gobernantes del Reino Unido abrigaban la convicción de que España, desde las elecciones de febrero de 1936, estaba inmersa en una crisis similar a la de Rusia en 1917 y creían que dicha crisis había desembocado en un choque frontal entre un Ejército meramente contrarrevolucionario y unas milicias obreras revolucionarias a las que servía de pantalla legitimadora un impotente gobierno reformista. Esa naturaleza subversiva real (ya que no formal) del bando republicano vedaba *de facto* cualquier ayuda directa o indirecta británica al gobierno español y hacía preferible la victoria, cuanto primero mejor, de las fuerzas insurgentes para salvaguardar el orden y la propiedad en España (incluyendo las cuantiosas inversiones británicas en el país y la seguridad de la base naval de Gibraltar).

El segundo motivo de esa neutralidad absoluta e incondicional radicaba en la política general de apaciguamiento en Europa practicada por

⁶ Nota del embajador para el ministro de Estado, 9-XI-1938. Reproducida en P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, pp. 270-271.

⁷ Véase al respecto los relatos de J. EDWARDS, *The British Government and the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan, 1979; y E. MORADIELLOS, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

Gran Bretaña desde el inicio de la crisis económica de 1929. El objetivo esencial de dicha política consistía en evitar cualquier nuevo conflicto entre el extenso y disperso Imperio británico y las tres potencias revisionistas del *status quo* que amenazaban su seguridad: Japón en el Extremo Oriente, la Alemania nazi en Europa central, e Italia en el Mediterráneo. Aterrados por la sangría humana y económica de la Primera Guerra Mundial, los gobernantes británicos pretendían negociar con esas potencias reajustes en el *status quo* como mal menor siempre preferible a una nueva confrontación general. La aguda conciencia de vulnerabilidad estratégica, debilidad económica y desventaja diplomática respecto a 1914-1918 (ya no cabía contar con la ayuda de Estados Unidos, replegados en el aislacionismo, ni de Rusia, convertida en una amenazante Unión Soviética), aconsejaba transitar la vía del apaciguamiento de Italia (la potencia más débil) y Alemania (la más cercana) para evitar así su confluencia hostil. No en vano, los dirigentes británicos creían que incluso si esa guerra pudiera ser librada y ganada (con ayuda de una debilitada Francia), también provocaría irreversibles pérdidas para la posición económica, militar e imperial del Reino Unido. Sin excluir, además, las posibilidades que se abrirían con el conflicto a la expansión del comunismo y la revolución por todo el mundo (propósito atribuido en Londres a los dirigentes soviéticos a pesar de su reciente política de cooperación con las democracias).

Habida cuenta de las sólidas razones de esa política de apaciguamiento y de la interpretación oficial sobre la crisis española, no resulta sorprendente que las esforzadas tentativas de Azcárate apenas logran modificar la actitud gubernamental británica. De nada servían frente a ellas las reiteradas denuncias sobre los peligros de la intervención italo-germana o las repetidas garantías de contención del comunismo y voluntad de independencia de la República respecto a la URSS (cuyo crucial apoyo militar comenzó en octubre de 1936). Sobre todo porque los gobernantes británicos consideraron sistemáticamente que esa intervención de Italia y Alemania, aparte de favorecer el deseable triunfo de un bando contrarrevolucionario, no pondría en cuestión a largo plazo los intereses políticos, estratégicos y económicos del Reino Unido en España. No en vano, los hipotéticos riesgos al respecto siempre podrían contrarrestarse por los abrumadores recursos disponibles en caso de emergencia: el poder de atracción de la libra esterlina para encabezar (o frustrar) la necesaria reconstrucción económica postbélica española; y el poder de disuasión de la flamante *Royal Navy*, con capacidad dual para bloquear y estrangular las costas y archipiélagos españoles o para protegerlas y garantizar sus comunicaciones internas y externas. Mien-

tras llegaba el momento de poner en práctica esos recursos, el Acuerdo de No Intervención y su Comité correspondiente establecido en Londres permitían salvaguardar los principales objetivos diplomáticos británicos en el conflicto: confinar la lucha dentro de España y, a la par, refrenar la intervención del aliado francés en apoyo a la República, evitar el alineamiento con la Unión Soviética y eludir el enfrentamiento con Italia y Alemania por su apoyo a Franco.

La llegada de Azcárate a Londres como embajador (tomó posesión de su cargo el 13 de septiembre) fue coetánea de la primera protesta del gobierno republicano ante su homólogo británico contra los dañinos efectos que el Acuerdo de No Intervención estaba causando a su esfuerzo bélico. El gabinete de Giral había aceptado a regañadientes las cláusulas de dicho acuerdo plegándose al requerimiento de las autoridades francesas y como mal menor para atajar el apoyo italo-germano a los insurgentes. Sin embargo, desde septiembre de 1936, en vista de su fracaso para lograr ese fin primordial, el nuevo gobierno frentepopulista presidido por Francisco Largo Caballero comenzó a exigir la anulación del mismo y la restitución de su derecho exclusivo a comprar armas en los mercados continentales. Sin embargo, la fuerza de su argumentación legal no lograría modificar la actitud oficial británica. El funcionario encargado de los asuntos españoles en el Foreign Office reconoció en privado al respecto el 10 de septiembre:

las consecuencias políticas de conceder al gobierno legal las facilidades que indudablemente le corresponden habrían sido demasiado graves para exponerse a ellas. Varios gobiernos de países pequeños han apreciado que «No Intervención», de hecho, significa denegar al gobierno legítimo los medios para combatir una rebelión.

Corroborando ese juicio, Sir George Mounsey, subsecretario adjunto en dicho ministerio, apuntó igualmente los sólidos motivos que habían dictado desde el principio el desahucio del gobierno republicano y la preferencia furtiva por la victoria insurgente:

Aunque es verdad que desde un punto de vista legal el gobierno español tiene razón, es innegable que de hecho, si bien no en teoría, se trata de un gobierno que había dejado de gobernar desde mucho antes del inicio de esta rebelión. Lo único que hacían era ceder constantemente a las demandas extremistas de una clase obrera desenfrenada, y eran incapaces de mantener el orden a menos que satisficieran esas demandas. Además, no fue un estímulo para que las potencias civilizadas ayudasen al gobierno español el hecho de que éste, cuando estalló la rebelión, procediese inmediatamente a armar a todos los obreros y chus-

ma, incluyendo a jóvenes irresponsables, con las consecuencias que estamos viendo: brutalidades salvajes y contrarrepesalias⁸.

Pablo de Azcárate pudo comprobar muy tempranamente las insuperables dificultades con que se enfrentaba en los ámbitos oficiales británicos. El 21 de septiembre tuvo lugar su primer contacto formal de envergadura. En aquella ocasión, el embajador expuso ante lord Cranborne, subsecretario parlamentario del Foreign Office, las razones y fines de su misión en Londres:

eliminar los malentendidos con respecto al carácter del gobierno español y, si es posible, inducir al gobierno de Su Majestad a revocar su política de no intervención y ejercer su influencia contra los rebeldes.

El juicio interno anotado en el Foreign Office sobre esa declaración de intenciones refleja fielmente la honda desconfianza británica hacia la causa gubernamental y la naturaleza casi imposible del objetivo diplomático del representante de la República:

El señor Azcárate pronto se dará cuenta de que no hay ninguna esperanza de que pueda inducir al gobierno de Su Majestad a revocar su política de no intervención para tomar partido por el gobierno español⁹.

El embajador volvió a reiterar infructuosamente sus argumentos ante el propio Anthony Eden, secretario del Foreign Office, el 15 de octubre, con motivo de su primera entrevista oficial. Para entonces, la reciente decisión soviética de apoyar militarmente a la República había acentuado las prevenciones británicas respecto a la naturaleza revolucionaria del bando gubernamental. De igual modo, había hecho más urgente para Londres la preservación del confinamiento del conflicto logrado por la No Intervención, a fin de evitar todo alineamiento con la URSS, atajar cualquier posible enfrentamiento con Italia y Alemania, y posibilitar así la ejecución de la política de apaciguamiento. Azcárate trató denodadamente de apaciguar esos temores y modificar esa neutralidad incondicional. Durante los meses de octubre y noviembre de 1936 repitió en varias ocasiones a Eden y Cranborne que la República luchaba por preservar un régimen democrático y sin veleidades revolucionarias.

⁸ Minutas de E. Shuckburgh y sir G. Mounsey, 10 y 12-IX-1936. FO 371/20575 W10779. La protesta republicana se había transmitido oralmente en Madrid el 7 de septiembre y sería reiterada formalmente el 30 de octubre. En ella se denunciaba «una política de no intervención que denegaba armas al gobierno español y sin embargo no hacía nada para prevenir que los rebeldes obtuvieran material bélico». FO 371/20545 W14828.

⁹ Minutas de lord Cranborne y Mr. Howard, 21 y 28-IX-1936. FO 371/20540 W11928.

rias ni dependencia de la URSS. También insistió en que el recurso de la República a la ayuda soviética era «su última carta» para evitar la inminente derrota militar y estaba motivada por la ausencia de cualquier apoyo directo anglo-francés. Sir Robert Vansittart, subsecretario permanente del Foreign Office, anotaría la siguiente impresión sobre las reiteradas gestiones del embajador negando el carácter revolucionario de la causa republicana:

Es inútil que el señor Azcárate recolecte información para desmentir la acusación de actividades de la Comintern en España antes de la insurrección. Las hubo en abundancia y a gran escala¹⁰.

Significativamente, los contactos del embajador con las autoridades británicas quedaron reducidos durante toda la guerra a aquellos cargos oficiales a los que necesariamente tenía acceso potencial en virtud de su condición de legítimo representante diplomático. El propio Azcárate señala en sus memorias que nunca tuvo oportunidad, ocasión o invitación para entrevistarse con el *premier* del Reino Unido:

Ni con Stanley Baldwin, primer ministro durante los primeros meses de mi misión, ni con su sucesor, Neville Chamberlain (primer ministro desde mayo de 1937), tuve ninguna clase de contacto, ni relación oficial ni personal¹¹.

El embajador también subraya que esa falta de relaciones no era privativa de los medios oficiales no estrictamente diplomáticos, sino que se extendió en gran medida por todo el ámbito político conservador británico. Al respecto, es sumamente ilustrativa una anécdota relatada en sus memorias y relativa a uno de los más prestigiosos parlamentarios y ex-ministros del Partido Conservador:

Un signo inequívoco de esto lo tuve en el incidente que se produjo a los pocos días de mi llegada a Londres, cuando, al final de uno de los innumerables banquetes a que tiene que asistir un embajador en Inglaterra, lord Cecil of Chelwood, a quien me unían lazos de respetuosa amistad creados en la Sociedad de Naciones, intentó presentarme a Winston Churchill; al oír que se trataba del embajador de España, rojo de ira y sin estrechar la mano que yo instintivamente le tendía, Churchill decla-

¹⁰ Minuta de 11-XI-1936 al informe de Cranborne sobre su entrevista con Azcárate (9-IX). FO 371/20547 W15511. El contenido de la entrevista entre Azcárate y Eden fue relatado por éste en carta al embajador británico en España (refugiado en Hendaya desde septiembre). Archivo del Foreign Office, serie «Confidential Prints» (clave archivística 425), volumen 413, documento W13764. En adelante: FO 425/413 W13764.

¹¹ P. de AZCÁRATE, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil*, p. 42.

ró que no quería tener relación alguna conmigo y se alejó murmurando entre dientes: «sangre, sangre...»¹².

Ambos hechos no pueden ser más reveladores de la deliberada voluntad oficial de marcar distancias con el representante de un gobierno sospechoso y perturbador. Así lo demuestra, por otra parte, la facilidad con la que paralelamente el duque de Alba logró acceso a las más altas instancias políticas y oficiales de Gran Bretaña a pesar de su condición de representante informal de las autoridades insurgentes. Entre otros interlocutores de Alba en distintas reuniones privadas o fiestas sociales de la aristocracia cabe mencionar al propio rey Jorge VI, a Neville Chamberlain y a un amplio abanico de ministros, ex-ministros, diputados y lores del mundo político y social del conservadurismo británico de la época¹³.

Los esfuerzos de la diplomacia republicana para lograr el apoyo directo de las potencias democráticas fueron parcialmente abandonados desde finales de 1936, después de que la resistencia de Madrid (gracias al apoyo soviético) eliminara la inminencia de una derrota militar y convirtiera al conflicto en una guerra de larga duración. La reacción italiana y germana ante ese imprevisto giro de los acontecimientos bélicos consistió en aumentar masivamente su apoyo diplomático y militar a Franco mediante su reconocimiento como gobierno legítimo y el envío de hombres y armas a la arena española (la Legión Cóndor y el Corpo Truppe Volontarie, con 5.000 y 40.000 efectivos permanentes, respectivamente). Conscientes de que la ayuda de la URSS no podría a la larga contrarrestar esa intervención masiva (por la debilidad militar soviética y las dificultades logísticas para recibir el material bélico), las autoridades republicanas intentaron hacer de la No Intervención una realidad efectiva para atajar el apoyo nazi-fascista a Franco y favorecer la colaboración con las potencias democráticas. La preocupación de París y Londres por el nuevo carácter de la intervención italo-germana parecía hacer más viable ese propósito diplomático porque ambas capitales pretendían frenar la escalada mediante una política de No Intervención eficaz con dos mecanismos complementarios: la imposición de un control naval y terrestre de las fronteras españolas para detener el arribo de suministros bélicos, y la aplicación de un plan de retirada supervisada de todos los combatientes extranjeros llegados a España.

¹² P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, p. 27.

¹³ Despachos de Alba para el general Franco, 9, 16, 19, 21 y 28-VI-1937. AGA/6.700 y 6.797. Telegrama de Alba para el general Jordana (ministro de Asuntos Exteriores franquista), 31-III-1938. AMAE R833/20. Despacho de Alba para el general Jordana, 27-X-1938. Archivo del XVII duque de Alba (Palacio de Liria, Madrid), caja 1.^a, carpeta 2.^a.

Azcárate se entregó de modo entusiasta a lograr esa colaboración de Francia y Gran Bretaña en el esfuerzo por hacer realidad la No Intervención colectiva. Desde diciembre de 1936, el embajador reiteró en los ámbitos oficiales británicos que el principal objetivo de la República era lograr la aplicación de los proyectos de control de suministros y de retirada de combatientes extranjeros elaborados por el Comité de No Intervención. Lord Cranborne percibiría acertadamente la creencia que motivaba esa nueva política republicana: «si la no intervención pudiera hacerse efectiva, el gobierno español ganaría rápidamente la guerra»¹⁴. Sin embargo, a pesar de la puesta en marcha de un plan de control naval y terrestre y de la aprobación de un minucioso proyecto de retirada de combatientes extranjeros, el objetivo de la No Intervención efectiva quedó frustrado desde el verano de 1937. El sabotaje germano-italiano a esas medidas y la débil reacción franco-británica sellaron entonces el destino de ambos proyectos y dejaron intacto el esquema asimétrico de apoyos e inhibiciones que beneficiaba al bando franquista y lastraba el esfuerzo bélico republicano. Lord Halifax, que habría de sustituir a Eden en el Foreign Office desde febrero de 1938, reconocería en una reunión del gabinete británico las razones de esa pasividad inhibitoria que asumía la eventualidad de la victoria franquista y sólo trataba de confinar la lucha hasta ese momento:

El Lord Presidente del Consejo (cargo equivalente a viceprimer ministro) expresó su esperanza de que, al abordar la situación táctica (en el asunto español), no perdiéramos de vista el *desideratum* principal: impedir que nuestras relaciones con Alemania e Italia se deterioren. Sugirió que la conducta apropiada sería ganar tiempo¹⁵.

Vista y comprobada la relativa inutilidad de sus gestiones en Londres, desde el verano de 1937 Azcárate animó a sus superiores jerárquicos a volcar todos sus esfuerzos diplomáticos sobre las autoridades francesas, tanto por su mayor receptividad a las demandas republicanas como por el efecto potencial de su conducta en la situación política bri-

¹⁴ Despacho de lord Cranborne para Eden sobre su conversación con Azcárate y Julio Alvarez del Vayo (ministro de Estado republicano) en Ginebra, 10-XII-1936. Recogido en *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939*. Segunda Serie, volumen XVII. *Western Pact Negotiations: Outbreak of the Spanish Civil War* Londres, His Majesty's Stationery Office, 1979, documento número 463. El documento número 437 recoge la conversación entre Eden y Azcárate el 4 de diciembre. Cfr. P. de Azcárate. *Mi embajada en Londres*, p. 69.

¹⁵ Acta de la reunión del gobierno británico, 30-VI-1937. Archivo del Gabinete, serie «Cabinet Minutes and Conclusions» (clave archivística 23), volumen 88. En adelante: CAB 23/88.

tánica. Así lo repitió el embajador ante el presidente de la República, Manuel Azaña («es en París donde se puede trabajar con más fruto»), y ante el propio ministro de Estado republicano:

Nuestra impresión era que la mayor eficacia se obtendría concentrando nuestros esfuerzos sobre el gobierno francés, no sólo por lo que su propia actitud pudiera pesar sobre la del gobierno británico, sino porque de su conducta y actitud depende la eficacia de la acción que la oposición liberal y laborista puedan desarrollar en Inglaterra¹⁶.

En virtud de la aceptación de esa reorientación de esfuerzos políticos y diplomáticos, Azcárate comenzó a desplegar una notable actividad en París y en la sede ginebrina de la Sociedad de Naciones, aprovechando sus amplios contactos en medios oficiales franceses y su exhaustivo conocimiento de la organización internacional. Contribuyeron a esa diversificación de tareas dos motivos complementarios, aparte de la evidente capacidad de trabajo y prestigio personal del embajador. Por un lado, la necesidad de suplir de algún modo la patente debilidad de la representación diplomática republicana en Francia, que tuvo a su frente nada menos que cuatro titulares muy dispares durante los casi tres años de guerra (Álvaro de Albornoz, Luis Araquistáin, Ángel Ossorio y Gallardo y Marcelino Pascua). Por otro, la evidente sintonía política y personal entre Azcárate y el nuevo jefe de gobierno republicano desde mayo de 1937, el doctor Juan Negrín, que prestó singular atención a sus recomendaciones diplomáticas y contó con su concurso para distintas gestiones confidenciales en París y Ginebra¹⁷. De hecho, Azcárate se convertiría en un puntal básico de la estrategia negrinista de resistencia a ultranza vertebrada sobre dos expectativas de horizonte: o bien resistir hasta que estallase el inevitable conflicto entre las democracias occidentales y el Eje germano-italiano, o bien resistir para forzar las mejores condiciones posibles en la negociación de la paz o la rendición. Esa identificación entre el embajador y su jefe de gobierno fue la causa del evidente recelo de Azaña hacia Azcárate, que además fue muy crítico con las gestiones autónomas del presidente para lograr una ilusoria mediación británica en el conflicto (misiones

¹⁶ Recogido en un despacho de 3-VII-1937. P. de AZCÁRATE, *Mi embajada en Londres*, p. 339. La cita previa procede de una anotación del presidente sobre su entrevista con Azcárate (24-VIII-1937). M. Azaña, *Obras completas*, vol. IV, *Memorias políticas y de guerra*, p. 749.

¹⁷ Las memorias de Azcárate y las de Azaña reflejan en varias ocasiones la sintonía y cordialidad existente entre el embajador y Negrín. Cfr. P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, documentos n° 6, 28, 33, 34, 40 y 42; M. Azaña, *op. cit.*, pp. 654 y 738-741.

en Londres de Pedro Bosch Gimpera y Julián Besteiro en diciembre de 1936 y mayo de 1937, respectivamente)¹⁸.

A pesar de que la decisión de centrar todos los esfuerzos diplomáticos en Francia logró éxitos parciales absolutamente vitales para la capacidad defensiva republicana (como la esporádica apertura *de facto* de la frontera pirenaica al paso de material bélico soviético), no pudo lograr empero su objetivo último previsto. El gobierno francés de coalición no podía ni quería traspasar el umbral de ese insuficiente apoyo soterrado y ocasional para no excitar graves tensiones internas, no poner en peligro la entente con Gran Bretaña, y no enfrentarse a la pesadilla de un conflicto en solitario con las potencias del Eje. En julio de 1937, el ministro de Asuntos Exteriores había reconocido sin ambages al embajador norteamericano en París los fundamentos y limitaciones infranqueables de la política exterior francesa en España y Europa:

Por lo que respecta al futuro, la posición que tomará Francia dependerá por completo de la posición de Inglaterra. Francia no emprenderá la guerra con Alemania e Italia. La posición de Francia será la misma que su posición en el asunto español. Si Inglaterra decide estar firme al lado de Francia frente a Alemania e Italia, Francia actuará. Si Inglaterra continúa mostrándose distante, Francia no podrá actuar. En ningún caso se encontrará en la posición de tener a la Unión Soviética como su único aliado¹⁹.

Azcárate pudo comprobar en reiteradas ocasiones a lo largo de 1937 y 1938 la relativa debilidad interna y aislamiento diplomático del gobierno francés e hizo todo lo posible para intentar modificar la situación. Sin embargo, acabaría por reconocer la inutilidad de toda tentativa de obtener su apoyo directo y abierto para la causa republicana en ausencia de una declaración de guerra por parte de Alemania e Italia. En marzo de 1938, después de que la anexión nazi de Austria hubiera posibilitado la tácita complicidad francesa en el contrabando terrestre de material bélico soviético, el embajador anotó en su diario la siguiente observación muy atinada:

La dificultad está en la división interna en Francia, en que no se atreven a provocar a Alemania, en que Inglaterra no les apoyaría, etc., y

¹⁸ P. de AZCÁRATE, *Mi embajada en Londres*, pp. 61-68. M. AZAÑA, *op. cit.*, pp. 588, 618-619, 655-656. Cfr. A. MARQUINA BARRIO, «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil», *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, 1984, pp. 569-591.

¹⁹ Despacho de William Bullitt al secretario de Estado norteamericano, 30-VII-1937. Recogido en O.H. Bullitt (ed.), *For the President. Personal and Secret. Correspondence Between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullitt*. Boston, Houghton Mifflin, 1972, p. 222.

ante esto no sirven para nada grandes tiradas sobre el interés de Francia, etc., que no tienen más resultado que provocar una irritación contra nosotros²⁰.

La comprensión exacta de las dificultades que enfrentaba la política exterior republicana impulsaron a Azcárate a proyectar en distintos momentos sendas iniciativas diplomáticas de notable audacia. La primera de las mismas se fraguó en enero de 1937 y tenía como trasfondo la nueva etapa de intervención masiva italo-germana y de aparente propósito anglo-francés por hacer efectiva la No Intervención. A fin de forzar una decidida actuación de las potencias democráticas, Azcárate propuso a su gobierno que se les ofreciera «una colaboración activa» de la República en el futuro y la posibilidad de modificar el estatuto de algunas colonias africanas de España con vistas a satisfacer las demandas revisionistas germanas. En sus propias palabras:

Su idea básica consistía en que la república se declarase dispuesta a aceptar determinados cambios territoriales en el Norte de África, en favor de Francia, a fin de que ésta pudiera hacer concesiones territoriales a Alemania en alguna de sus colonias africanas. Esta movilización territorial en África, que haría posible satisfacer importantes reivindicaciones de la Alemania nacional-socialista, abriría la puerta a una posible revisión de su política en España²¹.

El gobierno republicano asumió la propuesta y la transmitió confidencialmente a las autoridades francesas y británicas el 23 de enero de 1937. Sin embargo, a pesar de que los gobernantes franceses encontraron aspectos positivos en el proyecto, el gabinete británico se opuso tajantemente a entrar en discusión sobre el mismo por dos motivos principales. En primer lugar, por su absoluta falta de confianza en la suerte militar de la República. Como informó reservadamente Anthony Eden al embajador británico en París:

En vista de la actual posición precaria del gobierno español, y de su no menos incierto futuro, resulta claramente impracticable para él la apertura de discusiones efectivas de la naturaleza propuesta con cualquier gobierno extranjero.

²⁰ Nota de 19-III-1938. P. de Azcárate, *op. cit.*, p. 361.

²¹ P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, pp. 72-75 y documentos 5 y 6.

En segundo orden, por la necesidad de evitar la instalación en la orilla opuesta a Gibraltar de una gran potencia (incluso si era Francia) que pudiera poner en peligro la seguridad de la base naval y el libre tránsito marítimo por la zona del Estrecho. No en vano, consultados por su gobierno al respecto, los jefes de estado mayor británicos habían dictaminado a principios de marzo:

Durante años nuestra política se ha basado en el principio de que, por razones estratégicas, la costa africana del Estrecho de Gibraltar no debe quedar bajo control de ninguna gran potencia. (...) nuestros intereses quedarían mejor salvaguardados mediante la continuación del control español sobre Marruecos, tanto si España emerge débil o fuerte de sus problemas actuales. La seguridad de Gibraltar sólo sería amenazada si España fuera hostil y, en este caso, una España fuerte y hostil podría interferir en nuestras operaciones desde Gibraltar y en el tráfico por el Estrecho mucho más fácilmente desde su costa peninsular que desde la costa africana²².

El fracaso de esa tentativa de utilización de las colonias como moneda de cambio para obtener el apoyo de las democracias no evitó que a finales de 1938, en un contexto militar e internacional mucho más oscuro, Azcárate volviera a proponer una iniciativa audaz que tenía como destinatario al gobierno fascista italiano.

Con el trasfondo del triunfo alemán en la Conferencia de Munich que había acordado el reparto de Checoslovaquia (29-IX-1938), el embajador proyectó a principios de octubre una gestión ante Roma para lograr que retirase su apoyo a Franco y aceptase la supervivencia de la República mediante una oferta de garantías políticas que cubrían distintos aspectos: el respeto a «los intereses legítimos italianos en el Mediterráneo occidental», la voluntad de «establecimiento entre ambos países de relaciones políticas y económicas inspiradas en sus intereses recíprocos», y la promesa del «más escrupuloso respeto de la vida interior de cada una de ellas». Aprobada por el doctor Negrín, la propuesta fue presentada por Azcárate al gobierno británico para que éste actuara como honesto transmisor y valedor de la misma ante las autoridades italianas. Sin embargo, como era previsible dada la pésima situación militar republicana y el obvio interés fascista por asegurar la victoria

²² Informe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, 5-III-1937. FO 371/21264 W5372. La cita previa de Eden (6-III-1937) en FO 425/414. Actas del gabinete, 3-II-1937 y 10-III-1937. CAB 23/87.

de su aliado español, nada resultó de la iniciativa. El propio embajador reconoció en sus memorias el carácter «tardío» y «sobradamente ingenuo» de la tentativa²³. Incluso que ésta pudiera plantearse revela hasta qué punto había llegado el desahucio diplomático y militar de la República después de la conferencia de Munich y antes de la triunfal ofensiva franquista sobre Cataluña.

En aquella coyuntura trágica, durante los meses de enero y febrero de 1939, Azcárate concentró sus esfuerzos en convencer al gobierno británico para que interviniera ante Franco y obtuviera mínimas condiciones para una capitulación final de las fuerzas republicanas. De acuerdo con Negrín, desde el 10 de febrero (una vez ocupada toda Cataluña por tropas franquistas), esas condiciones quedaron reducidas a la petición de garantías explícitas contra represalias indiscriminadas y permiso de «evacuación de individuos comprometidos de la zona sur». El Foreign Office admitió servir como «vía de comunicación» para transmitir la propuesta bajo el supuesto de que «no podría presionar al general Franco para que la aceptara formalmente» y tampoco se comprometía a responsabilizarse de su cumplimiento. En realidad, el gobierno británico daba ya por descontado (y deseaba) la victoria incondicional franquista y estaba preparando el reconocimiento *de iure* de su gobierno. El 27 de febrero, en plena descomposición política y militar interna de la República, Gran Bretaña y Francia dieron el paso previsto y reconocieron formalmente a la España de Franco. Al día siguiente, con no poca amargura y previa presentación de una protesta formal por la decisión, Azcárate entregó la embajada a los funcionarios diplomáticos británicos y cesó en su función de embajador español en Londres²⁴.

La relación de fracasos diplomáticos cosechados por Azcárate en sus gestiones oficiales en Londres y otras capitales europeas no debe ensombrecer los éxitos logrados por la diplomacia republicana en el plano de la opinión pública de los países democráticos. En este segundo campo, como habíamos señalado al principio, el resultado de las gestiones de Azcárate en Gran Bretaña difícilmente podría ser más sa-

²³ P. de AZCÁRATE. *op. cit.*, pp. 77-81 y documento 7. La propuesta detallada lleva fecha de 9 de noviembre. Tras la autorización de Negrín, Azcárate informó del proyecto al gobierno británico en dos ocasiones consecutivas (14-XI y 15-XII-1938). FO 371/22656 W14985.

²⁴ Sobre las últimas gestiones de Azcárate en Londres véase su propio relato (pp. 33-37 y 120-129) y el apartado correspondiente en E. MORADIELLOS, *La perfidia de Albión*, pp. 347-355.

tisfactorio. No en vano, en gran medida como resultado de la infatigable labor propagandística del embajador y su equipo diplomático, todas las encuestas realizadas por el *British Public Opinion Institute* demostraron el amplio predominio de las simpatías prorrepúblicas entre la población del Reino Unido durante toda la guerra. La última de dichas encuestas, publicada en octubre de 1938, revalidaba los resultados de otras dos encuestas previas con notable constancia en la proporción: el 58 por ciento de los entrevistados era favorable a la causa de la República, en tanto que sólo un 8 por ciento prefería al bando del general Franco y otro 34 por ciento no optaba o no contestaba. Además, los resultados demostraban que la preferencia por la República se extendía de modo muy generalizado por todo el espectro socio-político británico, con independencia de su orientación de voto laborista, liberal o conservador. De hecho, según la encuesta, «incluso entre los partidarios del gobierno nacional (conservador), el sentimiento a favor del gobierno español era alto, con el 76 por ciento de las simpatías»²⁵.

Fruto de esa simpatía popular por la causa republicana fue la heterogénea campaña de «Ayuda a España» auspiciada por múltiples comités y organismos británicos no oficiales que canalizaron una ingente corriente de envíos de alimentos, material médico-sanitario, leche y ropas con destino a la República. De igual modo, testimonia esa abrumadora solidaridad el conjunto de 2.400 voluntarios británicos que fueron a España para servir como combatientes en las Brigadas Internacionales (de los cuales perdieron la vida una cuarta parte). Frente a ese esfuerzo popular en favor de la España republicana, que no tuvo ningún apoyo oficial u oficioso, quedan totalmente empalidecidos los esfuerzos de sectores católicos y conservadores para prestar igual ayuda humanitaria al bando franquista. Otro tanto sucedió en el ámbito artístico e intelectual. En su amplia mayoría, estos medios se volcaron literalmente en favor de la causa republicana y fueron responsables de la resonancia y valor simbólico de esa campaña de solidaridad en el Reino Unido. Buena prueba de ese alineamiento mayoritario con la República fue la encuesta realizada en julio de 1937 entre escritores y ensayistas. Mientras que sólo 5 autores se manifestaban a favor de Franco (Evelyn Waugh entre ellos) y otros 16 se negaban a tomar partido (T.S. Eliot, Ezra Pound y, sorprendentemente,

²⁵ La encuesta fue publicada en el *News Chronicle*, 28-X-1937. Cfr. E. Moradiellos, «Aspectos de la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante la guerra civil», en Varios Autores, *Homenaje a Carlos Cid*, Oviedo, Universidad, 1989, pp. 291-318.

H.G. Wells), 126 encuestados respondían expresando su apoyo sin reservas a la causa republicana, con firmas tan sobresalientes e influentes como la de W.H. Auden, Samuel Beckett, Ford Madox Ford, Aldous Huxley, Arthur Koestler, Sylvia Pankhurst, Herbert Read, Stephen Spender o Leonard Woolf²⁶.

No obstante la magnitud de ese movimiento solidario, debe reconocerse que ni el propio Azcárate ni los partidarios de la República en Gran Bretaña fueron capaces de utilizarlo para modificar esencialmente la política no-intervencionista del gabinete británico. Sólo en contadas ocasiones lograron flexibilizar la férrea posición oficial apoyándose en la irresistible presión de la opinión pública: el salvaje bombardeo de Guernica en abril de 1937, por ejemplo, generó tal oleada de indignación y condena en la sociedad británica (incluyendo a los sectores católicos) que obligó a las reticentes autoridades a aceptar como refugiados a 4.000 niños evacuados por el gobierno autónomo vasco²⁷. Al margen de esos éxitos parciales, el fracaso general a la hora de convertir la simpatía popular en un instrumento para forzar un cambio en la conducta gubernamental fue resultado en gran medida de la situación política imperante en el Reino Unido en la década de los treinta. De hecho, si bien la causa republicana podía contar con esa preferencia popular e intelectual y con el apoyo abierto de los partidos liberal, laborista y comunista, había un largo trecho por recorrer entre todo ello y su conversión en una campaña de agitación y presión sobre el gobierno conservador para cambiar su política española. Al respecto, la ambigua conducta y comportamiento del movimiento laborista, tanto en su vertiente política como sindical, es bien reveladora del problema y dilema planteado.

Azcárate fue desde el principio bien consciente de las limitaciones existentes en el seno del laborismo para plasmar de un modo efectivo su innegable simpatía por la República. De hecho, después de haber aceptado con reservas el Acuerdo de No Intervención (no en vano era

²⁶ J. FYRTH, *The Signal Was Spain. The Aid Spain Movement in Britain, 1936-1939*, Londres, Lawrence and Wishart, 1984. B. ALEXANDER, *British Volunteers for Liberty*, Londres, Lawrence and Wishart, 1982. *Authors Take Sides on the Spanish Civil War*, Londres, W.H. Allen, 1937. K.B. HOSKINS, *Today the Struggle. Literature and Politics in England during the Spanish Civil War*, Austin, University of Texas, 1969.

²⁷ J. FYRTH, *op. cit.*, caps. 14 y 15. Acta del comité ministerial de política exterior, 10 y 19-V-1937. Archivo del Gabinete, serie «Cabinet Committee on Foreign Policy» (clave archivística 27), volumen 622. En adelante: CAB 27/622. Cfr. H. SOUTHWORTH, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, París, Ruedo Ibérico, 1977.

una propuesta del gobierno francés presidido por un socialista). desde octubre de 1936 la dirección laboristadesplegó una dura campaña de denuncia parlamentaria contra «la farsa, fraude y mentira» de la No Intervención aplicada por el gobierno británico. Entre ese mes de octubre de 1936 y marzo de 1938, el embajador contabilizaría no menos de 242 intervenciones sobre España y la No Intervención en la Cámara de los Comunes²⁸.

Sin embargo, la intensidad de esa denuncia laborista, virulenta como fue, nunca traspasaría los límites de la campaña parlamentaria y del apoyo a los envíos de ayuda humanitaria a la República. Tres razones principales vetaron una actuación más enérgica, como demandaban los sectores más activistas y radicalizados del movimiento. Primeramente, el freno impuesto por el «problema católico»: había que evitar que la política oficial enajenara el apoyo tradicional de los sectores obreros católicos, mayormente de origen irlandés. En segundo lugar, la negativa a colaborar con los comunistas en una movilización popular que diera ocasión a éstos para infiltrarse en el laborismo y poner en cuestión su estrategia política socialdemócrata autónoma. Finalmente, la convicción de que había que evitar un enfrentamiento frontal con el gobierno en favor de una política que podría conducir a la guerra europea y que no tendría el apoyo de una opinión pública mayoritariamente pacifista y aterrada por el recuerdo de la sangría humana de 1914-1918. Por esos motivos, la conducta laborista en el asunto español ocasionó un profundo desencanto en las filas republicanas. Como señalaría Azcárate en sus memorias:

En conjunto, y salvo honrosas excepciones, la actitud del partido laborista, y acaso más aún la de sus elementos directivos del tradeunio-nismo (movimiento sindical británico), tuvo un carácter más bien pasivo, sin entusiasmo, sin efusión, con una peligrosa tendencia a derivar hacia la acción humanitaria²⁹.

Una impresión corroborada por el juicio anotado en septiembre de 1937 por el principal ayudante del embajador en sus tareas políticas y diplomáticas. Antonio de la Cruz Marín:

²⁸ T. BUCHANAN, *The Spanish Civil War and the British Labour Movement*, Oxford, University Press, 1991. P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, p. 139. Los calificativos sobre la No Intervención fueron pronunciados por lord Strabolgi, portavoz laborista en la Cámara de los Lores, durante uno de esos debates parlamentarios. *Parliamentary Debates, House of Lords*, 21-X-1937, col. 1098.

²⁹ P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, p. 53.

Como puede verse el laborismo inglés es muy partidario del Gobierno español, siempre que no se trate de llegar a realidades, quedándose siempre a la mitad del camino³⁰.

En definitiva, por muy abundantes que fueran las capacidades, el tesón y el prestigio político e intelectual de Pablo de Azcárate, la empresa a él encomendada por el gobierno republicano durante la guerra civil era una misión casi imposible y de muy difícil realización. Contra viento y marea, intentó llevarla a cabo por todos los medios disponibles y recurriendo a infinidad de iniciativas y gestiones en los más diversos ámbitos políticos y sociales del Reino Unido y fuera del mismo. Pero fue en vano a la postre. El gobierno británico se había embarcado resueltamente en una política de apaciguamiento de las potencias fascistas que implicaba en la práctica el abandono de la España republicana y la aceptación tácita de la victoria de Franco con ayuda italo-germana. Y ni la oposición laborista fue capaz de torcer su determinación ni la opinión pública británica estaba dispuesta a poner en peligro la paz y llevar su simpatía por la República hasta el extremo de revivir los horrores de la Gran Guerra. Azcárate no tardó en apreciar de modo realista esa situación y dejó constancia de la misma por escrito en varias ocasiones, demostrando así sus cualidades como analista político-diplomático y su fortaleza de carácter ante la adversidad. Al respecto, sirva como prueba final la siguiente reflexión del embajador sobre las razones y motivos de la política española del gabinete británico, redactada en abril de 1938. Constituye un inmejorable resumen de las causas que hicieron imposible el cumplimiento de su misión diplomática en Londres durante la guerra civil:

Por lo que respecta a Gran Bretaña, uno de los motivos de esta política ha sido, sin duda, la creencia, profundamente arraigada y difundida hasta muy recientemente en la opinión pública británica, de que la victoria de la república no significaba ni más ni menos que el establecimiento de un régimen comunista que colocaría a España bajo el control directo e inmediato de Moscú. (...) Otra consideración que ha recibido siempre el visto bueno oficial es la de suponer que cualquier otra política que no sea la adoptada por Francia y Gran Bretaña hubiera provocado una guerra europea. (...) Pero existe otra consideración que me parece más justificada: que el abandono de la no intervención constituiría un obstáculo y una dificultad para una política de aproximación y en-

³⁰ Despacho para el ministro de Estado, 14-IX-1937. AGA/7.203.

tendimiento con Italia y Alemania. (...) Así las cosas, si el gobierno británico no deseaba reducir las posibilidades de alcanzar un acuerdo y un entendimiento con Italia, sería lógico y necesario que se abstuviera de cualquier acto que, aunque formalmente apareciera dentro de la legalidad más estricta, pudiera tener en la práctica consecuencias favorables al gobierno de la república. Nada más conveniente y seguro para este fin que una ciega adhesión a la no intervención y un cuidado meticuloso para que, en ninguna circunstancia, su conducta y actitud, so capa de estricta neutralidad, pudiera favorecer la causa del gobierno. (...) De hecho, esto implica conceder a Italia *carte blanche* para que pueda proporcionar a los rebeldes españoles cualquier tipo de ayuda que necesiten para asegurar su victoria³¹.

³¹ Carta a Vernon Bartlett, redactor diplomático del diario liberal *News Chronicle*, 26-IV-1938. Recogida en P. de AZCÁRATE, *op. cit.*, pp. 367-368.144